

# EL RETO DE TRANSMITIR LA VERDAD MORAL

## La moral: el arte de vivir humanamente

Un buen amigo que trabaja en la industria editorial me comentaba hace algún tiempo que en nuestros días prácticamente los únicos libros que son negocio son los títulos de autoayuda. *Cómo ser feliz; Cómo ganar amigos...* parece ser la lectura preferida de muchos de nuestros contemporáneos. Independientemente del auge de esa literatura y de la eficacia de sus consejos, detrás de los planteamientos de estos libros se esconde algo profundamente humano: la necesidad de encontrar una especie de método para vivir humanamente.

¿Qué acaso la educación en general y la formación universitaria en particular no tienen ese cometido? Todos estaremos de acuerdo en aceptar que hoy por hoy la educación está más bien concebida para que le estudiante "sepa" o "haga" cosas, pero con frecuencia, se deja de lado lo más básico: la consideración del mismo ser del hombre; sus heroísmos y vilezas; su grandeza y su debilidad, sus dolores y sus alegrías. Sí, plantearnos el triunfo o fracaso de nuestra vida es tarea profundamente humana de la que la ética no puede desentenderse. Es significativo que un buen número de autores de la Antigüedad clásica llamaban a la ética *el arte de vivir*<sup>1</sup>.

Un genio musical de nuestros días, Eric Clapton, hacía estas declaraciones a la prensa algunos años: "Fue abrumador. Con 22 años era un millonario. Tenía todo lo que pensaba que había que tener para ser feliz: una casa, una novia preciosa, una carrera, dinero, un montón de gente que me admiraba. Pero no me sentía feliz, y eso me confundía, porque significaba que todo lo que me habían dicho hasta entonces era mentira... La publicidad te dice que si tienes este coche, esto, lo otro, un montón de cosas materiales, una mujer bella, una familia, serás feliz. Es mentira. La felicidad viene, por lo que ahora he comprendido, de *entenderte a ti mismo, de saber quién eres, de quererte y sentirte en paz con tu propia existencia*. Pero cuando era joven no lo sabía. De hecho, me ha costado toda la vida aprenderlo" <sup>2</sup>

El hombre necesita ser instruido en la labor más importante que tiene en cuanto hombre: vivir humanamente. Si no recibe esta instrucción, difícilmente podrá alcanzar la madurez que como ser humano le corresponde. En el caso del animal, es el instinto el que lo va conduciendo para "triunfar" en la tarea de hacerse con el alimento adecuado y tantas otras necesidades relativas a su subsistencia. Abandonado a su instinto, el hombre no sabe ni aprende por sí mismo a encontrar alimentos, ni a prepararlos, ni a defenderse, ni siquiera a caminar erguido. Todo lo que genéricamente llamamos cultura le ha de ser transmitido al hombre, so pena de *no aprender a ser hombre*. El genio literario

---

<sup>1</sup> Véase sobre este punto la obra de L. MELINA (et alii), *La plenitud del obrar cristiano*. Palabra, Madrid, 2001, pp 42-62.

<sup>2</sup> Entrevista publicada en el diario *Dominical*, Madrid, 8 de marzo de 1998, p 58

de Calderón de la Barca expresó todo esto poéticamente en el personaje Segismundo de *La vida es sueño*.

Entre las capacidades humanas, la más típica del hombre es la libertad. Es ésta la que requiere de una educación especialmente esmerada. Educar a un hombre en lo típicamente humano significa no sólo enseñarle a comer con cuchillo y tenedor, a hablar coherentemente, ni siquiera hacer de él un artista o un científico; instruir a un hombre es, ante todo, enseñarle a sacar el mejor partido de su más característico talento: la libertad. Es éste sin duda, el gran reto de todo proceso educativo: dar a la persona humana los elementos para que haga uso de su libertad de forma tal que pueda llenar la 'talla' humana. A propósito de todo esto, Píndaro propone como máxima educativa la siguiente: "*Hombre: llega a ser lo que eres*". Esto significa que al hombre le son necesarios los conocimientos más elementales para comportarse como hombre. Le resultan necesarios también los hábitos que le permitan vivir asumir la dignidad de que le corresponde como persona humana.

Si para el oficio más elemental se requiere una técnica a veces compleja, para el cumplimiento del oficio de ser hombre se requiere igualmente una disciplina de vida. Si tenemos en cuenta que es más fácil ser buen mecánico que buen hombre, no deberíamos extrañarnos de que exista, que se nos enseñe, y que hayamos de aprender el arte de vivir humanamente.

La moral cristiana considera al hombre como poseedor de una dignidad íntimamente relacionada con la naturaleza personal que posee, pero lo estudia también en cuanto a ser en crecimiento y en proyecto, capaz de desarrollarse y de dar un sentido a su vida. Con el método que le es propio, la moral intenta precisar cuál debe ser la orientación para el mejor futuro del hombre. ¿Hay sentidos vedados por ser contradictorios con un real progreso humano? En cada instante y a propósito de cada opción que tenga que realizar, la responsabilidad del ser humano queda interpelada por la naturaleza de esta meta: el auténtico bien del hombre. ¿Está este objetivo a favor o en contra de la realización humana, del verdadero progreso humano? El sentido que el hombre da a su vivir y que da su tonalidad humana puede, o bien degradar a la persona humana, convirtiéndola en una ruina humana, o bien, por el contrario, desarrollarla en plenitud y engrandecerla. "Soy lo que he querido ser", expresa con verdad una canción popular. En buena medida, la moral es una magnífica aliada en esta delicada e importantísima tarea. Decimos entonces que en buena medida, la tarea de vivir humanamente consiste en la educación de la libertad, entendiendo por educación su sentido etimológico: *e-ducere* = conducir<sup>3</sup>.

### **La devaluación de la verdad en la posmodernidad**

Desde muy antiguo, el ansia de libertad de la persona se hace presente en la historia humana. Prueba de ello es que el hombre en la sociedad esclavista

---

<sup>3</sup> A partir de la década de los años ochenta del pasado siglo, se ha venido desarrollando en Estados Unidos, en Inglaterra y también en Alemania un amplio debate a propósito de la obra de A. MacIntyre, *Tras la virtud*. Este filósofo británico encarna una corriente que enlaza con la tradición clásica de la moral y propone redescubrir la amplitud de la cuestión moral. Para MacIntyre la primera pregunta de la moral no es ¿qué debo hacer?, sino ¿cómo debo vivir? Cf: *Tras la virtud*, Crítica, Barcelona 2004.

grecorromana no dudaba en pagar con la propia vida el precio de su libertad. Allí está el testimonio de esclavos que se batían frente a las fieras en el circo romano a condición de ser declarados libres si salían victoriosos en la contienda.

Parece ser que el asunto sobre el que más tinta ha corrido en la cultura de la modernidad es éste de la libertad. Se trata de un ansia que en nuestros días se hace especialmente aguda. “Libertad” es una palabra omnipresente en los labios del hombre contemporáneo: aparece en las pancartas de todas las manifestaciones; está detrás de las causas por las que luchan tantos y tantas; incluso entre bandas contrarias entre sí, se enarbola la misma bandera: *libertad, libertad, libertad*. Todo mundo, aparentemente quiere “liberarse”. Detrás de toda reivindicación libertaria hay algo legítimamente humano. Y es que la libertad es lo que nos diferencia radicalmente del resto de los vivientes.

La persona humana está dotada de libertad. La experiencia hace ver hasta qué punto ese gran don –la libertad- puede llegar a ser para el hombre su prerrogativa máxima, o su mayor lastre: ha de elegir un sentido capaz de desarrollar en plenitud sus posibilidades o, caso contrario, dar la espalda a todo aquello que contribuye a su mejor futuro. Ahí reside la gran originalidad del ser humano. Como todo ser vivo, la persona humana está condicionada por innumerables factores, pero no queda determinada por ellos. Se caracteriza por su autodominio. Durante siglos, el hombre ha creído que su vida estaba regida por las estrellas; al día de hoy, el hombre está en óptimas condiciones para darse cuenta de que es él el que está llamado a dominar los astros. El animal se encuentra por completo a expensas del ambiente que lo rodea y muchas veces su supervivencia depende de su capacidad de adaptarse a ese *habitat*. El hombre no depende del entorno: se construye *su* mundo. El oso polar tiene una sola protección: su piel. Para protegerse del frío, en cambio, el hombre desarrolla la industria del vestido y de la moda.

Me parece oportuno advertir que la libertad conserva la dignidad que le corresponde cuando permanece vinculada a su fundamento y a su cometido moral. Una libertad cuya única motivación consistiera en satisfacer las necesidades inmediatas no sería propiamente libertad humana. La libertad individual vacía de contenido se anula a sí misma, ya que la libertad del individuo sólo puede subsistir en un orden de libertades<sup>4</sup>. “El hombre nace libre” afirmaban los ilustrados, pero ¿qué bebé humano –dependiente en todo momento de su madre- es capaz de hacer suyo este grito libertario? Nace ciertamente libre, pero dentro de un entramado social que le resulta indispensable para que pueda madurar esa libertad en germen.

Lo anteriormente señalado nos conduce a esta conclusión: la noción de libertad reclama, por su misma esencia, un complemento que le proporcionan dos conceptos fundamentales: lo justo y lo bueno<sup>5</sup>. Y es que la auténtica libertad no será nunca un artículo de consumo individual.

---

<sup>4</sup> Vid: J. RATZINGER, *Verdad, valores, poder*, Rialp, Madrid, 2000, pp 33 y ss

<sup>5</sup> Vid: J. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, Sígueme, Salamanca, 2005, pp 200-220

En un libro de reciente publicación<sup>6</sup> se narra la experiencia real de Christopher Maccanless, joven universitario que consume todas sus energías en el gran proyecto de vida: sobrevivir aislado de la civilización en los bosques de Alaska, inspirado en autores como Tolstoy, London y Thoreau. Christopher da la espalda por completo a su familia y amigos con el fin de llevar a cabo todo lo que considera disfrutar de la más amplia libertad. Nuestro personaje consumirá su libertad a título meramente individual, para convencerse después de una amarga experiencia que es preciso contar con los demás para alcanzar la plenitud que tanto desea.

La exaltación de la libertad individual aparece como una de las más preciadas conquistas de la modernidad. En nuestros días, el hombre no se aviene fácilmente a ajustar su vida conforme a un conjunto de normas preestablecidas. Más bien se comprende a sí mismo como un ser llamado a definirse a sí mismo y construir su porvenir inmediato, según su real entender. Como es bien sabido, durante la efervescencia del movimiento estudiantil de final de los años sesenta, las paredes de las universidades del mundo se llenaron de leyendas como aquella tan conocida: *¡Prohibido prohibir!* Me parece que, en gran medida, este grito libertario continúa vivo y sus ecos llegan hasta en nuestros días.

A todo esto, cabe preguntarse: ¿qué es un acto libre? Para poder elegir es necesario comparar; para comparar hay que juzgar, y juzgar es una actividad propia de la inteligencia. La libertad resulta, por tanto, de la intervención de la inteligencia que conoce y juzga. Por lo que se refiere a los movimientos de la sensibilidad, no podemos hablar de libertad, estando todos ellos determinados por el funcionamiento del organismo. Los que se consideran libres obedeciendo ciegamente a todos los impulsos de su sensibilidad son en realidad autómatas conducidos desde dentro por el funcionamiento de sus nervios y glándulas, y carecen de auténtica libertad<sup>7</sup>. El hombre no experimenta sólo el reclamo de sus apetitos sensibles, sino que su actividad depende fundamentalmente de la inclinación que resulta de la inteligencia, que conociendo algo, lo juzga como bueno, y lo quiere. Para poder actuar humanamente, la persona necesita elegir. El juicio de la inteligencia es un motivo, no una determinación para la voluntad. Es la voluntad quien convierte en decisivos los motivos que la inteligencia le presenta: hace que aquel objeto no sólo sea un bien en general o en abstracto, sino un bien *para mí*. La voluntad elige un bien sobre otros porque descubre allí un bien o valor para sí misma; porque ve la razón de bien como algo bueno para la persona en las circunstancias concretas en que se encuentra.

Anteriormente señalamos que la auténtica libertad requiere para su ejercicio de dos referentes: lo bueno y lo justo. Sin perder de vista este marco de referencia, damos un paso adelante y decimos: que la libertad requiere ante todo de la verdad, si quiere mantenerse como capacidad de autodeterminación al servicio del bien del hombre.

---

<sup>6</sup> Jon KRAKAUER, *Hacia rutas salvajes*, Zeta, Barcelona, 2008.

<sup>7</sup> Cf CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Libertatis conscientia*, n. 3.

Esto es así ya que la acción libre depende de lo que la persona haya decidido ser y eso implica un juicio, un dictamen de la razón que, fijando la meta, dictamina en lo que se refiere a los medios. Así, libertad y verdad se implican e influyen en toda decisión o elección libre.

En la medida en que la razón conoce la verdad sobre el hombre, fija unas direcciones que la voluntad no puede olvidar en su decisión. Al conocer la verdad, surgen los valores morales, y la persona se percibe como sujeto llamado a disponer de sí mismo en orden a la consecución de los mismos.

Separada de la verdad, la libertad abre la puerta al predominio de la razón tecnológica, que lo domina todo y dispone todo para ser usado, colocando todas las cosas al servicio de un poder que no quiere reconocer ningún límite. Por este camino, la sociedad va tomando la peligrosa ruta del dominio del más fuerte sobre los débiles. La libertad sin la verdad se convierte en el poder arbitrario de unos pocos. El pasado siglo XX ofrece –para quien es capaz de leer las lecciones de la historia- una gama amplia de totalitarismos opresores de la libertad en aras de proyectos de ingeniería social que se demostraron claramente atentatorios de la dignidad de las personas.

¿Cómo se ha podido llegar a un estado de cosas como el presente, abocado a caer en la ley del más fuerte en lo social y a la dictadura del relativismo en lo cultural? Se trata de un proceso incubado claramente desde el nominalismo y madurado durante la Ilustración<sup>8</sup>. Dicho proceso viene acompañado y seguido por un creciente descrédito de la posibilidad misma de la inteligencia en captar la realidad de las cosas.

Quizá sea por el desmedido optimismo y los excesos del racionalismo por lo que los pensadores de la modernidad desconfían sistemáticamente de los alcances de la inteligencia. Se ha pasado de la autosuficiencia de la razón a su “devaluación”; es decir al agnosticismo teórico y práctico, o, por lo menos, al escepticismo.

Como es bien sabido, el agnóstico está convencido de que la mente humana no está en condiciones de poder conocer la verdad. Históricamente, la modernidad arranca cuando el discurso filosófico desconfía de la capacidad de la inteligencia de captar lo que las cosas son, quedándose únicamente en su “aparecer” o fenómeno. Por este camino, no resulta extraño el que algunos pensadores acaben por asegurar que el mundo sensible es poco menos que ilusorio, una mera creación de nuestra mente, un reflejo de nuestra interioridad; otros terminarán por negar toda actividad intelectual específicamente humana reduciéndola a un mecanismo material. Por la vía de negar entidad a la realidad que captamos por los sentidos o por la de negar la existencia de un conocimiento específicamente humano, se llega al mismo resultado: un abismo infranqueable separa a la inteligencia de la realidad<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Cf: R. CORAZÓN, *La verdad, un consenso posible*, Rialp, Madrid 2001, pp 105-171.

<sup>9</sup> Un análisis profundo y original de este proceso puede verse en: J. GUITTON, *Mi testamento filosófico*, Encuentro, Madrid 1998.

Lo paradójico de este horizonte cultural es que tiene lugar cuando el método científico ha ofrecido una buena cantidad de avances tecnológicos que han venido a revolucionar la vida de los hombres y mujeres contemporáneos. ¿De qué manera el método científico ha podido contribuir a hacer más aguda la crisis por la que atraviesa el pensamiento contemporáneo? A diferencia del agnóstico, el científico no suele negar que las cosas sean como son en sí: sólo que se despreocupa de ello. A través de la tecnología, el hombre se ha convertido en *homo faber*, transformador de la naturaleza. Ahora bien, para domesticar el mundo no hace falta saber estrictamente *lo que el mundo es*; basta con saber *cómo* funciona. Así, para formular la ley de caída de los cuerpos no es necesario saber en qué consiste la gravedad, ni qué es esa propensión que atrae a los cuerpos: basta medir la fuerza con que se atraen mutuamente. De manera semejante, el obrero que repara la instalación eléctrica muy probablemente desconoce *qué* es la electricidad. Esto no le impide que pueda hacer funcionar los interruptores. Y es que a las ciencias llamadas positivas les suele bastar con averiguar *cómo* funcionan los objetos, para luego sacar aplicaciones prácticas de esa información.

En su labor de divulgación, los científicos acostumbran utilizar unos modelos imaginativos de esas nociones con que trabajan. Si advierten, por ejemplo, que la luz se propaga de un determinado modo, dirán que la luz es un conjunto de corpúsculos, o de ondas o de ondas y corpúsculos. Pero esto no significa que la luz sea un montón de corpúsculos, o de ondas; significa sólo que la luz se comporta *como si fuera* alguna de estas cosas. Todo esto nos ayuda a comprender por qué el análisis científico del mundo ha convivido con un agnosticismo que desconfía de la capacidad que la razón para conocer qué es la realidad.

Teniendo a la vista el proceder habitual del científico medio, da la impresión de que para muchos cultivadores de las ciencias positivas, les suele tener sin cuidado *que sean* las cosas. Parece que priva más bien el interés por averiguar *cómo* funcionan. Se advierte que, aunque los hombres de ciencia no nieguen la existencia de los objetos estudiados, están más bien acostumbrados a entenderse con un conjunto de nociones que, desde luego no existen en el mismo sentido en que decimos que existe "Pedro". La metodología de las ciencias experimentales permite alcanzar una explicación de algunos aspectos de la realidad; con la información así obtenida se construyen teorías que deberán ser contrastadas, sometiéndolas al control de la experimentación. *Las teorías no son un reflejo de la realidad*; son más bien un entramado abstracto, una red de modelos, una construcción inventada<sup>10</sup>. He aquí la razón de fondo de por qué el avance científico puede ir de la mano de un agnosticismo negador la existencia misma de la realidad.

El agnosticismo —tanto el de raigambre filosófica como el de matriz científicista— han venido a asestar un golpe mortal al conocimiento humano con todas las consecuencias negativas que esto tiene para la filosofía, la ciencia, la moral y, en definitiva, para el conjunto del vivir humano. La situación novedosa

---

<sup>10</sup> Cf. J.M. PERO-SANZ, *Ateísmo, hoy*, Magisterio, Madrid, 1970.

que se deriva de esta postura ante la vida aparece bien resumida en estas palabras de un poeta:

*En un mundo en el que no conocemos ni el sí, ni el no de nada, en el que no hay ni ley moral ni ley intelectual, en el que todo se permite y en el que no hay nada qué esperar ni qué perder, en el que el mal no acarrea castigo ni el bien recompensa, en tal mundo ya no hay drama porque ya no hay lucha, y ya no hay lucha porque ya no hay nada que valga la pena*<sup>11</sup>.

En tiempos recientes, Benedicto XVI aludía a esta situación al señalar que "la tendencia a considerar verdadero sólo aquello que es experimentable constituye una limitación de la razón humana y produce una terrible esquizofrenia, patente hoy en día, por la que conviven racionalismo y materialismo, hipertecnología e instintividad desenfrenada"<sup>12</sup>.

### **Moral auténtica y *moralinas***

A lo largo de la historia de la cultura, se han visto siempre enfrentadas distintas concepciones de la moral. No faltan en nuestros días estudios profundos sobre el particular<sup>13</sup>. No es éste el lugar para ofrecer un nuevo capítulo a esta importante cuestión. Mi intención es muy modesta. Ofrezco a continuación una breve reseña de las diversas concepciones de la moral que he podido detectar entre mis alumnos a lo largo de más de veinte años de enseñanza de la moral en medios universitarios. Una de las experiencias que me han resultado más valiosas es la de constatar cómo el universitario de nuestros días no es que rechace por sistema cualquier señalamiento en lo moral, lo que no suele admitir son los sustitutivos, es decir, las *moralinas*. ¿De qué se trata? Bien, pues decimos que "moral" es a "moralina" lo que el azúcar es a la sacarina: un sustituto.

Parece que fue S. Freud el que afirmaba que el hombre es más moral en su subconsciente que conscientemente. Bien, pues mi experiencia es que el hombre y la mujer jóvenes en ocasiones tienen unos principios morales más sólidos que personas mayores y que a lo que se oponen suele ser a concepciones que aparecen bajo el ropaje de lo moral, cuando no son más que caricaturas de la misma, es decir, *moralinas*. Definitivamente los señalamientos de esas falsas éticas no están en condiciones de iluminar la conducta de nadie y nunca resultan satisfactorias. Paso a señalar algunas de las más frecuentes.

### **La moral "fantasma"**

"La moral pertenece al pasado". Es éste, sin duda, uno de los eslóganes más socorridos en nuestros días. Parecería que la moral fuera uno de los lastres

---

<sup>11</sup> P. CLAUDEL, en H. BARUK: *Hombre y cultura en el siglo XX*, Madrid: Lit. Esp. 1951, p. 262.

<sup>12</sup> *Ángelus*, 28-I-2008

<sup>13</sup> Buen ejemplo de estudios en profundidad sobre este fenómeno lo encontramos en A. MACINTYRE, *Tres versiones rivales de la ética*, Rialp, Madrid 1992 y D. HILDEBRAND, *Moral auténtica y sus falsificaciones*, Guadarrama, Madrid 1960.

que, habiendo asolado a las generaciones pasadas, hoy fuera algo felizmente superado. A veces se da incluso un paso más: se identifica la moral con lo inexistente, o lo que es lo mismo, con un fantasma. Con frecuencia, expresiones como "presencia *moral*", o "apoyo *moral*" se oponen a lo que es físico, tangible, -que para muchos es lo único que existe- y en esta confrontación, la moral quedaría reducida a lo que no posee consistencia ninguna.

Ahora bien, la moral no sólo existe como uno de los atributos fundamentales del ser humano, sino que se encuentra, bajo modalidades muy diversas, en todos los individuos y en todas las sociedades. Está igualmente presente entre comunidades de personas honestas como entre pandillas de gánsteres. El criminal más abyecto, si es condenado por un delito que no cometió, protestará invariablemente contra la inmoralidad de esa condena. Las asociaciones de malhechores tienen una moral muy propia de su "ambiente", fundada en la mutua ayuda, la ley del silencio, el justo reparto de los bienes, etc. Y en cuanto a la opinión pública en conjunto, las convicciones morales se manifiestan cada día con tanta violencia que no deja lugar a dudas: la moral no es un fantasma. No se puede discutir con el hombre de la calle, o abrir un periódico, sin encontrarse con protestas contra la corrupción o denuncias que se levantan en contra de conductas inmorales.

Con tan sólo considerar muy brevemente las consecuencias de una concepción de la moral como la que venimos caricaturizando con la imagen del fantasma, aparecen hechos como los siguientes. Algunos científicos del siglo XX intentaron desarrollar sus técnicas ignorando por completo las exigencias éticas de sus descubrimientos. Muy pronto comenzaron a hacerse evidentes las consecuencias de todo esto. Einstein pasó buena parte de su vida intentando frenar los efectos de la bomba atómica. Otto Hahn, descubridor de la fisión del átomo de uranio, intentó quitarse la vida al conocer la destrucción de Nagasaki. Jacques Testart, el primer científico que consiguió el nacimiento por fecundación *in vitro*, quiso renunciar a esa investigación y pidió el control de la moral. Su «éxito» lo atemorizó y se sintió obligado a proponer algo muy poco frecuente: «Soy partidario de un comité ético no sólo consultivo sino también con poderes ejecutivos. Hay que vigilar a médicos e investigadores, juzgar sus proyectos antes de que los lleven a cabo. Les aconsejo que no me den un voto de confianza cuando estoy jugando con la vida, pues siempre tendré a mano algunas excusas». El drama del avance científico que da la espalda a la moral como si ésta fuese inexistente lo resumió Oppenheimer en una frase famosa: «Después de Hiroshima, los físicos hemos conocido el pecado».

Vemos, por tanto, que lo moral no sólo es real y está presente en la vida humana, sino que la moralidad es el ámbito adecuado, el oxígeno que respira el actuar típicamente humano tanto a nivel individual como social.

### **La moral "espantapájaros"**

Recuerdo haber visto hace años un dibujo en la que un gorrión, descansando sobre el hombro de un espantapájaros, decía a otro compañero que no dejaba



de mirar con recelo al monigote: «No te preocupes: este muñeco de trapo es la señal que indica dónde hay comida». Tenía razón: sólo se ponen espantapájaros donde hay cosecha. Y así es como lo que se había colocado para espantar al pájaro se convirtió en espléndida guía. El chiste del pájaro me hizo entender por qué en nuestros días parece estar de moda lo prohibido. La razón es simple: porque en ocasiones una versión errónea de la moral es la que la identifica con el aguafiestas de la vida. Parece estar presente esta caricatura en el pensamiento de Nietzsche pero también hay la versión popular en el supuesto adagio que dice: “Todo lo bueno o es pecado o engorda”. Pero la culpa no es de la moral en sí, sino del prejuicio tan difundido según el cual el cristianismo, con sus preceptos y prohibiciones, pone obstáculos a la alegría de la vida y, en particular, impide disfrutar plenamente esa felicidad que el hombre y la mujer buscan en su amor recíproco. . La vida cristiana no es un conjunto de reglas o prácticas formales que hay que cumplir. La vida cristiana es un encuentro decisivo con una persona que cambia radicalmente nuestras vidas y las llena de sentido, porque nos revela nuestro misterio más profundo, nuestra verdad, la que nos sana y nos proyecta. Y código de conducta ¿qué código de conducta obliga a una madre de familia a velar a su hijo enfermo, renunciando al sueño? ¿de qué amenazas huye al derrochar amor sobre cada uno? Y es que ¿hay realmente algo más exigente que el amor, algo más radical? La persona que ame verdaderamente a Dios o a su prójimo –el mandato que resume toda la moral cristiana- seguro que irá mil kilómetros más allá de lo que estrictamente manda la moral... Por eso quien ame de veras podrá siempre hacer lo que quiera, porque sólo querrá dar más amor.

A quienes tienen el error de considerar la moral como un espantajo que aleja de las verdaderas alegrías se les escapa la sustancia misma de la vida cristiana. La moral cristiana no nos pide el cumplimiento de unas normas rígidas, impuestas desde fuera. Dios quiere, en cambio, que asumamos el riesgo de ser libres, que nos atrevamos a amar verdaderamente. Qué bien lo entendió San Agustín, uno de los mayores expertos en la vida moral, cuando afirmaba: «Ama y haz lo que quieras»<sup>14</sup>.

### **La moral “manual de urbanidad”**

Si por curiosidad hojeamos un manual de urbanidad al uso del siglo diecinueve, nos extrañarían muchas de aquellas normas de etiqueta. Desafortunadamente, existe la tendencia de situar la moral al nivel de los manuales de buenas maneras. Estos prontuarios llenan en cada momento de la historia de la cultura un papel no despreciable: señalan cómo conducirse correctamente en las relaciones sociales y evitan comportamientos inadecuados. Saltárselos significará pasar por mal educados. Los principios recogidos en estos manuales son variables como lo es, por ejemplo, la moda. Y es que “el último grito de la moda” suele ser de lo de lo más convencional; viene dado por razones muy diversas: intereses económicos, clima, edad y necesidades de todo tipo.

---

<sup>14</sup> *Homilía séptima sobre la Primera carta de San Juan* en *Obras completas*, BAC, Madrid

Por encima de los condicionamientos históricos, hay un núcleo central en la vida del ser humano que no tiene propiamente que ver con convencionalismos sociales y, por tanto, no está sujeto a cambios, como son la sed insaciable de felicidad que todo hombre experimenta; sus ideales nobles de libertad, de plenitud, sus anhelos profundos de amar y de ser amado, la necesidad de ser comprendido, etc. La moral nos pone delante del hombre tal cual es, pero recalcando lo esencial del ser humano de todos los tiempos<sup>15</sup>.

La moral es una de las ciencias del hombre y, muy probablemente, la ciencia humana por excelencia. En cuanto ciencia, tiene una dimensión y rigor objetivos, ya que el hombre posee una identidad real. En otras palabras, el especialista en moral -y, en realidad, todo hombre- habrá de atenerse a *lo que el hombre es*. Y como aquello que el hombre esencialmente es no cambia, la moral tampoco es una convención para uso en las sociedades de una época determinada. En la medida en que la ética humaniza e impide que el hombre sea “lobo para el hombre”, en esa misma medida la moral resulta imprescindible para el hombre de todos los tiempos.

### **La moral “cepillo de dientes”**

*Cada quién su vida* es el título de una famosa obra de teatro del dramaturgo mexicano Luis G. Basurto. Es también un eslogan moderno que expresa en pocas palabras una convicción frecuente en la mentalidad de nuestros días: la moral es algo que concierne en exclusiva al ámbito estrictamente individual. Se trata de algo tan personal como el cepillo de dientes, no apto para ser usado más que por su dueño.

Todos somos testigos de cómo en nuestra sociedad existe la opinión generalizada de que cada uno debería elaborarse su propia moral, como quien forja sus propios gustos artísticos o delibera sobre sus opciones políticas. Lo que cada uno quiera hacer con su vida es un tema privado; pertenece a la esfera de su intimidad y nadie tiene derecho a entrar ahí sin permiso. Nadie puede erigirse en juez de la moral del vecino. Cada uno es libre de pensar lo que quiera, siempre que no moleste a quien tiene al lado. La moral quedaría así reducida al exclusivo ámbito de la individualidad personal.

En la divertida comedia de enredos *Arsénico y encaje*, se plantea un asunto que tiene mucho qué ver con todo esto: la perplejidad que provoca siempre en el hombre común y corriente una situación completamente amoral. Se trata de la historia de dos hermanas solteras, de edad avanzada, que reciben en su vieja y espaciosa casa a personas solas. Por pura compasión ante la soledad de sus huéspedes, los van envenenando. Las ancianas protagonistas de esta tragicomedia creen hacer a sus huéspedes el mejor servicio vida borrándolos del mapa. Después de presenciar esta divertida comedia, resulta muy fácil concluir que la moral es todo menos un asunto que atañe exclusivamente a las personas singulares, sin importar las convicciones morales de quienes conviven con nosotros.

---

<sup>15</sup> Cf. A. FERNÁNDEZ, *Ética filosófica y teología moral*, Ateneo, Madrid 2000, pp 69 y ss.

Y ya en el terreno de los grandes problemas que aquejan en este mundo nuestro, creo que muy pocos estarían en desacuerdo a propósito de que hoy en día, existen -por lo menos- ciertos problemas que atañen a *todos* los habitantes del planeta: tráfico de drogas, tráfico de armas, inmigraciones anárquicas, pandemias, profundos desniveles económicos y culturales entre ambos hemisferios, contaminación del ambiente, fraudes financieros que terminan afectando a gran parte de los habitantes del planeta<sup>16</sup>. Ninguno de estos asuntos tiene solución válida desde la perspectiva de una moral individualista.

### **La moral “policía”**

Uno de los adjetivos que se usan con una carga de auténtica tirria en nuestros días es el calificativo de *moralizador*. ¿Qué hay detrás de esa rabia contra lo *moralizante*? La concepción de lo que llamo la moral policía: la caricatura de la moral que la identifica con un chocante código de conducta.

Ahora bien, ante esta concepción tan pobre de la moral, se precisa subrayar que la moral no es el vigilante mal encarado que algunos imaginan. La moral está empeñada en la germinación de todo aquello que de positivo hay en el ser humano, y nada hay más atractivo para el hombre que el ser poseedor de los valores específicos de su humanidad<sup>17</sup>. La moral, atenta a hacer de la vida humana una vida lograda, busca precisar cuál ha de ser la orientación del actuar humano que conduce al mejor futuro del hombre. En el delicado proceso de educar la libertad del hombre, la moral prescribe ciertamente pautas de conducta, pero no por otra razón que la antes anotada: con el objeto de que el que el hombre se "logre" en cuanto hombre. Para esto, hay conductas que habrá que evitar, y otras que ha de inculcar para alcanzar la meta que hace justicia a la dignidad de la persona. Desde esta perspectiva, las normas morales limitan la libertad humana tanto como la señalización de una carretera determina la ruta a seguir si queremos alcanzar la meta deseada. Hace falta tener en cuenta ideas estructurales para juzgar cada situación de nuestro caminar. "Esto está bien, aquello otro es un mal". Únicamente quien tiene en cuenta las señalizaciones seguras de la moral puede llevar a buen término su vivir.

En la sesuda obra de L. Carol, *Alicia en el país de las maravillas*, la protagonista pregunta a su mascota qué camino debe tomar para salir de ese país donde todo es al revés. Ésta, a su vez, intenta averiguar hacia dónde desea ir Alicia. Interrogada sobre esto, Alicia dice que sólo se quiere ir. “Entonces – señala la mascota- no importa qué camino tomes”. Paralelamente, si el hombre desea vivir de acuerdo a su dignidad, es preciso acertar con el camino justo. La ética está empeñada en allanar el camino.

### **La moral “sacristán”**

---

<sup>16</sup> A propósito de todo esto, resulta especialmente significativa la enseñanza de Benedicto XVI en *Caritas in veritate*, Roma 2008.

<sup>17</sup> Sobre este punto resulta muy interesante: J:R: AYLLÓN, *Desfile de modelos*, Rialp, Madrid 2002, pp 15-37.

Es preciso salir al paso también de un tópico frecuente en la cultura que nos envuelve, particularmente en nuestro medio mexicano: la identificación de la moral con lo religioso. La moral no es de ninguna manera algo que esté reservado para las personas piadosas, y que resulte optativo para las demás. Nada de eso: lo moral viene exigido por el hecho de ser hombre, aún antes de que posea este o aquel credo religioso.

Acudiendo a un caso de patente actualidad como el aborto, resulta un lamentable desenfoque el considerarlo sólo como algo que atañe a los principios religiosos de quien lo practica. Recientes estudios interdisciplinarios a propósito del conocido síndrome post-aborto son muy reveladores: manifiestan que en la práctica el aborto provocado afecta profundamente, además de a la víctima, a la propia madre, pues la violencia que se ejerce sobre ella deja huellas muy difíciles de borrar, a pesar de toda clase de terapias psicológicas post-abortivas. Y todo esto sucede al margen por completo de convicciones religiosas. La voluntaria interrupción del embarazo afecta a la mujer en cuanto ser humano, aún antes de contrariar sus principios religiosos.

Como es bien sabido, el primero de los grandes sistemas éticos que ha conocido la historia del pensamiento lo debemos a Aristóteles, quien cuatro siglos antes de la irrupción del cristianismo ya había expresado en la célebre *Ética a Nicómaco* lo esencial de la reflexión moral. A veinticuatro siglos de distancia, este tratado sigue ofreciendo un análisis bastante completo de la dimensión moral del actuar humano.

### **La moral “light”**

Uno de los rasgos más acusados de la cultura contemporánea es, sin duda, su capacidad de desligar los grandes problemas de la persona humana de su dimensión moral. Se trata, de entrada, de un gran empobrecimiento. Y es que cuando la vida humana se nos presenta ajena por completo de su dimensión moral, el que sale perdiendo es el hombre.

En un mundo como el nuestro, obsesionado por la salud; en una cultura adicta a los alimentos “light”, donde se nos ofrece café sin cafeína, postres edulcorados con sacarina, etc, el intento de “desmoralizar” la vida humana conduce a una caricatura del hombre parecida a una sonrisa a la que le faltara el rostro.

Las películas *made in Hollywood* suelen tratar los problemas humanos eliminando casi por completo su alcance moral en aras de ofrecer una historia “políticamente correcta”. Suele suceder que el tratamiento de algunos temas sí que aparecen con crudeza las consecuencias de una sociedad sin principios morales, por ejemplo, la corrupción de los servidores públicos. Otros temas como la trasmisión de la vida o el matrimonio suelen presentarse, en cambio, desvinculados de su contenido moral, sin más leyes que las que dicta el sentimiento. Por contraste, en mi experiencia personal, el entrar en contacto con gente sencilla del campo ha supuesto para mí el encuentro con personas de gran altura moral. No se trata de personas cultas, pero sí poseedoras de una fina humanidad y con un sentido moral admirable.

A propósito de la miopía de algunos sectores de nuestra cultura sobre este particular, recuerdo una especie de llamada de atención que en cierta ocasión un periodista intentara hacer a Juan Pablo II al visitar varios campos de refugiados en Tailandia, donde hizo un llamado a la comunidad internacional para que se hiciese cargo de este gran problema. En el avión, un periodista le dijo: “Usted ha planteado el problema político de los refugiados... Él, con voz casi airada señaló: “¡Es un problema humano! ¡Humano! ¡No es político! Reducirlo al terreno político es un falso concepto. La dimensión fundamental del hombre es la dimensión moral”<sup>18</sup>.

## Ética y teología moral

Después de este largo –pero necesario- preámbulo, estamos en condiciones de ir clarificando los conceptos básicos de nuestro estudio. Clásicamente se distingue entre **ética** o **estudio sistemático del obrar humano a la luz de la razón** y **moral** -o **teología moral**- como **ese mismo estudio pero enriquecido con las orientaciones que ofrece la Revelación cristiana**. Aunque resultaría oportuno señalar los pormenores que marcan la diferencia entre ética y moral<sup>19</sup>, por el momento usaremos ambos términos indistintamente. Y ya desde ahora señalamos que un concepto cabal de lo que es la ética -y, evidentemente, la moral- sólo podremos tenerlo hacia el final de nuestro curso. Baste por lo pronto con la orientación que nos ofrece la etimología de estas dos voces: *ética* señala -en el lenguaje de los clásicos griegos- *acción humana, costumbre*. *Moral* traduce en latín (*mos, moris*) el mismo concepto. De forma que entendemos por ética el **estudio de la conducta libre del hombre en su dimensión moral**. Llamamos teología moral a este mismo estudio a la luz del proyecto divino sobre la persona humana, o para decirlo con exactitud: «**la teología moral es una reflexión que concierne a la moralidad, es decir al bien y el mal de los actos humanos y de la persona que los realiza**»<sup>20</sup>.

## Lo específico de la teología moral

Una de las cuestiones más debatidas en la historia del pensamiento es si bastaría con una reflexión meramente racional sobre el obrar humano para fundamentar suficientemente la ciencia moral. La ética –según la opinión de grandes pensadores– ha de estar abierta a la religión, porque ella sola no puede revelar el sentido último de la existencia humana. Ante el destino definitivo que

---

<sup>18</sup> S. DZIWISZ, *Una vida con Karol*, La esfera de los libros, Madrid, 2007, p 99

<sup>19</sup> En la actualidad, ambos términos se usan indiferentemente, aunque el término *ética* suele tener ecos más profanos, menos ligados a un contexto religioso. Para una caracterización más detallada entre ética moral, resulta útil: A. FERNÁNDEZ, *Ética filosófica y Teología Moral*, Ateneo de Teología, Madrid 2000; así como A. CORTINA, *Ética sin moral*, Tecnos, Madrid 2000, p 29.

<sup>20</sup> JUAN PABLO II, Litt. enc. *Veritatis splendor*, n 29.

se abre después de la muerte, la mente está ciega...<sup>21</sup> Ante ese límite, la ética filosófica se detiene, a pesar de que el hombre sigue necesitando respuestas...

«Recuerda que todos formamos parte de una historia interminable»: son las palabras de una madre de familia que –poco antes de morir- dirige a su hijo en una novela contemporánea. La trascendencia de la vida humana es un tema recurrente en la literatura, la filosofía, la ciencia, el arte de todos los tiempos. Para la ética esta cuestión es crucial. En los distintos ámbitos de reflexión sobre el hombre se busca afanosamente la respuesta a esta intuición del corazón humano. En esa búsqueda no se pretende encontrar la solución a un problema parcial, sino la palabra definitiva a un misterio profundo: ¿Es esta tierra el único horizonte de la vida humana? ¿Vale la pena vivir, trabajar, amar, morir...? ¿Qué es el vivir humano, en definitiva? En otras palabras, la ética necesita de la Revelación porque vemos morir a nuestros seres queridos y sabemos que a nosotros nos espera ese mismo destino. Ante la muerte de su hijo Jorge, Ernesto Sábato escribía: “En este atardecer de 1998, continuo escuchando la música que él amaba, aguardando con infinita esperanza el momento de reencontrarnos en ese otro mundo, en ese mundo que quizá, quizá exista...” Al igual que este autor agnóstico, lo más que puede llegar a decir sobre el más allá el filósofo es: “quizá, quizá exista...Sólo la fe basada en la Revelación que Dios dirigió a la humanidad tiene la respuesta certera.

Por otro lado, la admirable exposición sobre la excelencia humana que hace Aristóteles presenta un ascenso gradual en el que el ser humano se hace bueno a base de la conquista y del ejercicio de las virtudes. Pero, con gran realismo y honestidad, Aristóteles reconoce que eso no nos basta para alcanzar una vida lograda, porque no todo lo necesario para ella está a nuestro alcance. Según el Filósofo, hace falta también la “buena suerte”, y es patente que no siempre la tenemos: desgracias, errores, consecuencias imprevisibles de las acciones propias o de otros hacen que en la vida humana haya dolor y sentimiento de fracaso. A esta divergencia entre la bondad y la suerte, la razón no puede encontrarle sentido. El absurdo que supone el “triunfo” de la injusticia está pidiendo un Juez Supremo que tenga la última palabra. Sócrates afirmaba que, “si la muerte acaba con todo, esto sería ventajoso para los malos”. Sólo la Revelación es capaz de desentrañar este otro densísimo misterio.

En esta misma línea, la ética se encuentra con otro gran enigma, el del mal moral. La tendencia humana al mal, al lado de la aspiración al bien, es un dato que toda ética realista necesariamente ha de tener en cuenta, aunque sea para ella un misterio. La razón intuye que el ser humano sufrió una caída, pero ante esta explicación se encuentra en situación paradójica, como escribió Pascal a propósito de la doctrina del pecado original que enseña la Biblia: “Sin el misterio del pecado original, el más incomprensible de todos, somos incomprensibles para nosotros mismos”.

---

<sup>21</sup> En una entrevista a Woody Allen, cineasta norteamericano que reflexiona sobre la muerte en casi toda su filmografía se le preguntó su opinión sobre la muerte. Con su ironía habitual simplemente respondió: “Estoy totalmente en contra” (Woody Allen, el cineasta proscrito, El País, 1-VIII-19)

Resulta muy significativo que Kant –uno de los más grandes pensadores en el terreno de la ética– se aproxime a esta doctrina. El filósofo regiomontano estaba convencido de que el ser humano padece una incurable inclinación al mal, a la que inevitablemente cede muy a menudo. A la postre, el desorden que introduce el pecado reclama en el sistema kantiano una reparación más allá de la muerte que la razón por sí sola no puede asegurar. Una vez más, únicamente la fe es capaz de asegurar esa reparación de la justicia más allá del horizonte de este mundo. Resumidamente, es preciso subrayar un hecho constatado por grandes pensadores de todos los tiempos: la ética no se basta frente al misterio del mal, que de suyo desafía a cualquier intento de explicación racional.

Y aún hay más: estudiamos la moral teológica por una razón que aparecerá continuamente en los temas a tratar: la ética analiza a fondo los actos humanos y –a través de éste que es su objeto de estudio– el hombre se revela como un ser paradójico, misterioso, y para decirlo de una vez, sagrado. Una moral sincera no puede dejar de descubrir la huella divina en el hombre. Aunque el sentido de lo sagrado parece haber desaparecido en la cultura contemporánea, este vacío que convierte a Dios en un extraño, termina por convertir al hombre en un ser extrañísimo para sí mismo. Una ética abierta a la trascendencia no puede menos que reconocer lo legítimo de las palabras que Charles Péguy hace decir a Dios: “Yo brillo de tal manera en mi creación, en el sol, en la luna, en las estrellas..., en la faz de la tierra y en la faz de las aguas..., en la luz y en las tinieblas, en el pan y en el vino, **en el corazón del hombre que es lo más profundo que hay en el mundo...**, yo brillo de tal manera en mi criatura –el hombre– que para no verme sería necesario que las pobres personas estuvieran ciegas”<sup>22</sup>. En nuestro estudio de la moral no queremos padecer de esa ceguera.

Hace algunos años, un psiquiatra amigo hablaba de la personalidad madura ante un público de universitarios. En el contexto de su conferencia, comentó un hecho lamentable. Era el caso de una mujer mayor que desde niña había evitado todo tipo de trato con varones, motivada por un suceso doloroso que la marcaría de por vida. Siendo ella una pequeña de nueve años, una vecina entró un día precipitadamente en su casa huyendo del acoso de un hombre. Indignada, la madre de la pequeña comentó con rabia: “Todos los hombres son iguales...” A partir de aquel dramático suceso, aquella mujer se formó un concepto de varón que la acompañó toda su vida. Ya en plena madurez, aquella persona se encontraba sola. El conferenciante traía a colación este hecho con el objeto de subrayar la importancia del conocimiento propio como condición indispensable para la maduración personal. ¡Cuántos proyectos no concluidos, cuántas metas no conseguidas se deben a que no nos conocemos a nosotros mismos, no alcanzamos a medir nuestras fuerzas y nuestras debilidades! Concluía el psiquiatra en cuestión.

Con su habitual agudeza, Blas Pascal señala: «Es peligroso insistir demasiado haciéndole ver al hombre lo parecido que es a las bestias, sin mostrarle al mismo tiempo su grandeza. Es también peligroso hacerle ver su grandeza ocultándole su debilidad. Pero es todavía más peligroso dejarlo

---

<sup>22</sup> J. A. MURIAS, *Tiempo y eternidad en Charles Péguy*, Buenos Aires 2000

ignorante de una y otra»<sup>23</sup>. La experiencia de todos los días en mi labor docente entre universitarios me hace ver que Pascal tiene razón. Me parece a mí que la teología moral con su estudio en profundidad de la persona humana es capaz de ofrecer en su justa perspectiva la grandeza del ser humano sin perder de vista sus puntos vulnerables. En un mundo que parece empeñado en señalar con lujo de detalles la miseria humana ¡qué importante es recordarle al hombre su grandeza!<sup>24</sup>. Aquí tenemos ni más ni menos la tarea fundamental de la teología moral.

### **La comunicación de la verdad moral**

Lo anteriormente señalado tiene una gran incidencia en el gran reto que enfrenta todo profesor de moral: la delicada tarea de transmitir la verdad moral. La dificultad mayor se encuentra en aquello que afirma la sabiduría popular: "nadie experimenta en cabeza ajena". Esta frase, en labios de una madre angustiada por el descarrío de alguno de sus hijos adopta un matiz cercano a la tragedia cuando se trata de una vida joven pero malograda. Esto tiene una aplicación inmediata a nuestro curso, como ahora veremos.

Para ello necesitamos acudir a unos conceptos que nos explica la gnoseología. Se trata de considerar brevemente que existen verdades puramente formales, es decir, verdades de cuyo conocimiento no procede ninguna llamada para nuestra libertad. Durante milenios, la humanidad ha cometido un error descomunal debido a la ilusión óptica: ha considerado que la tierra estaba firme y que el sol giraba a su alrededor. Copérnico desenmascaró esta equivocación y descubrió la verdad.

A lo largo de la historia, la humanidad no sólo se ha interesado por el movimiento de los astros. Se ha hecho también preguntas de este tipo: ¿es mejor sufrir la injusticia o cometerla?, ¿la muerte es el fin radical de mi existir?, ¿en qué consiste la felicidad humana? Es evidente que, en orden a la respuesta de este tipo de preguntas, no tiene ninguna importancia si se mueve la tierra o el sol. La verdad copernicana no ha ayudado al hombre en este sentido, como tampoco la teoría de Ptolomeo.

Siguiendo a expertos en el tema que nos ocupa<sup>25</sup>, denominamos este tipo de conocimientos verdades puramente formales: es decir, afirmaciones que se refieren sólo al ejercicio de nuestra inteligencia; o lo que es lo mismo, que responden exclusivamente a la pregunta de la razón: ¿cómo están hechas las cosas? y, de forma progresiva, han conseguido expresar sus conclusiones en el lenguaje formalizado de la matemática. Este tipo de verdades no responden a la pregunta de nuestra libertad: ¿qué decisión debo tomar?

Existen verdades que no son puramente formales: las llamadas verdades existenciales. No son verdades sólo para conocerlas, sino para actuar. Teniendo en cuenta esta distinción, podemos alcanzar una consecuencia de gran

---

<sup>23</sup> B. PASCAL, *Pensamientos*, 328

<sup>24</sup> Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso a los universitarios*, Washington, 7-X-1979

<sup>25</sup> Cf. C. CAFARRA, *Reflexiones sobre el mal y el destino* en *Atlántida* (7) Madrid, 1991, p 24



importancia para la moral: de la verdad formal existe la posibilidad de una comunicación directa; la verdad existencial, en cambio, sólo puede ser comunicada de manera indirecta.

La comunicación directa consiste en un proceso de enseñanza en el cual quien ya conoce la verdad formal enseña a quien la ignora a recorrer el proceso racional que llevó por primera vez a su descubrimiento. Es ésta la comunicación propia de la verdad científica. Cada uno puede repetir la experiencia de laboratorio que un hombre de ciencia ha transmitido a la comunidad científica, con el fin de verificar la verdad de la hipótesis presentada. Se mantienen bien en la mente algunos términos y los correlativos conceptos con ellos designados: cada uno puede tomar el puesto de otro -repetición- y se verifica la hipótesis o se afirma su falsedad.

Resulta muy difícil describir el proceso de la comunicación indirecta. Un ejemplo sencillo nos permitirá ver todo esto de una manera plástica. Imaginemos que alguien ignore totalmente la Novena sinfonía de Beethoven, aunque se trate de un músico. Hay dos modos de sacarlo de su ignorancia: poner en sus manos la partitura, de modo que pueda leerla atentamente; o invitarlo a una ejecución de la partitura. No hay duda de que después de la simple lectura de la notación musical, aquella persona no puede decir que ignore la Novena sinfonía: ciertamente la conoce. Pero, por otra parte, en realidad, él no sabe qué ha escrito Beethoven hasta que haya escuchado la ejecución. Tal vez ahora es posible entender qué es una comunicación indirecta.

La comunicación indirecta no consiste sólo ni principalmente en guiar nuestra razón de la ignorancia al conocimiento a través de un proceso de comunicación directa. La verdad existencial es de tal naturaleza que no llega a ser plenamente conocida hasta cuando es hecha vida, es decir, ejecutada. No hay más que una vía para conocer enteramente a quien ignora una verdad existencial: testimoniarla. Y el testimonio induce en el discípulo una resonancia interior, una atracción espiritual que estimula su espíritu a preguntarse si es mejor sufrir o cometer una injusticia.

Se ven las profundas diferencias entre las dos comunicaciones. No es necesario que yo conozca la vida de Copérnico o de Ptolomeo para saber cuál de los dos tiene razón. En cambio, es necesaria una comunicación de vida con el testigo de una verdad existencial. De igual forma, tratándose de repeticiones, cada uno puede tomar el puesto de cualquier otro; pero ninguno puede tomar el puesto de otro para asimilar una verdad existencial.

Y es aquí precisamente donde reside la dificultad de transmitir la verdad moral: sólo son capaces de comunicarla quienes son testigos, o -por lo menos- se empeñan en testimoniar con su propia vida la verdad que transmiten. Y es que hay cosas que sólo se comprenden en la medida en que se viven. La verdad moral es una de ellas. De todo esto ya habló Aristóteles hace veinticuatro siglos

cuando señalaba que “lo que hay que hacer después de haber aprendido, lo aprendemos haciéndolo”<sup>26</sup>.

### **La admiración, actitud básica**

Señala el Libro del Eclesiastés (7,29) que “Dios hizo al hombre sencillo, pero él se busca infinitas complicaciones”. Tenemos aquí planteado en términos llanos un asunto de primordial importancia en la trasmisión de la verdad moral: la sencillez de la verdad moral frente a la complejidad del sujeto cognoscente.

Sin entrar en mayores detalles sobre la complejidad del sujeto moral, se precisa una docilidad básica, una capacidad fundamental de escucha, no de dominio, sino más bien de apertura: una sensibilidad para percibir la hondura del hecho moral y su proyección sobre el entero vivir. Se precisa de alguna manera reconocer y admitir la propia falta de conocimientos y la capacidad para abrirse a una verdad mayor. La admiración es, según los filósofos antiguos, el comienzo de la filosofía, por tanto, también del saber propio de la moral. Tomás de Aquino define la admiración como *desiderium sciendi*, el deseo de saber cada vez más. La persona que se admira es aquella que intenta llegar al fondo de las cosas. En la actualidad, el paso previo para la enseñanza de la moral ha de ir acompañado del descubrimiento admirativo del alcance moral de la experiencia. Se trata de tener la capacidad de detenerse en lo único que hay de verdaderamente novedoso en nuestro mundo: la acción libre del hombre.

**CARLOS CERVANTES BLENGIO**

**Universidad Panamericana, campus Bonaterra.**

**2 de agosto de 2019.**

---

<sup>26</sup> Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1103<sup>a</sup>, 33-34.